

Contribuciones desde **Coatepec**

Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
revcoatepec@yahoo.com
ISSN: en trámite
MÉXICO

2002
Arauco Chihuilaf
RUGGIERO ROMANO, UN HOMBRE CONSECUENTE
Contribuciones desde Coatepec, enero-junio, número 002
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México
pp. 153-154

Ruggiero Romano, un hombre consecuente

ARAUCO CHIHUAILAF
París, enero 2002

Ruggiero Romano partió en la madrugada del 5 de enero del 2002 en París, ciudad a la que había llegado en diciembre de 1947 desde su Italia natal.

Su vida transcurrió (desde 1968) en su universo discreto del boulevard Raspail, poblado de libros y con un gran escritorio cargado de papeles, de cartas y más libros. Fue un infatigable trabajador y viajero. Recibió honores y homenajes con la modestia de quien no busca el ruido publicitario.

Maestro de audiencia internacional, tuvo discípulos franceses, italianos, griegos, dominicanos, brasileños, mexicanos, argentinos, peruanos, chilenos, un ruso-judío, entre otros. Muchos de ellos hoy son historiadores reconocidos en México, Argentina, Perú, Francia, por citar sólo algunos países.

Dedicó particular atención y trabajo a la historia económica de Europa y de la América hispánica. Se alejó temporalmente de la primera para acercarse más a la segunda, aun cuando una dimensión de la historia de ambas

confluyó en su libro *Coyunturas opuestas. La crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica* (México, FCE, 1993).

Al final de su vida volvió de los Andes a su tierra de origen (que no había dejado del todo) pues trabajaba sobre historia de Italia cuando lo interrumpió la enfermedad. Le interesaban todos los temas: las monedas y los precios, el arte, la libertad, la coca, la historia de la cocina, la historia demográfica que leyó con entusiasmo preparando su libro sobre Italia. Este interés apuntaba a la observación de los hechos históricos en todos sus aspectos y desde ángulos distintos. Es decir, creía en la «globalidad de la historia» o si se prefiere, decía, «una historia sinfónica» que se estaba perdiendo de vista por la creciente especialización (hispanistas, americanistas, sinólogos, mexicanistas, ...) (*Construir la historia*, México, 1998).

Pero para Ruggiero Romano, la historia era algo más: era un referente para la vida. Comprender los hechos, escribió, «puede y debe ser un elemento para guiarnos en nuestra vida cotidiana».

na, en nuestro contacto con el ‘otro’: porque cada día estamos en contacto con el ‘otro’ y debemos aprender a respetarlo» (*Les conquistadores, les mécanismes de la conquête coloniale*, 1972). Esto retrata al hombre: abierto al acontecer simple de la vida, observador agudo, tolerante, pero intransigente defensor de la libertad de pensamiento.

Hombre de gran curiosidad cultural, estuvo siempre atento a los acontecimientos del mundo. Y para comprenderlos adecuadamente creyó en la exigencia de análisis, en la crítica sin complacencias pero con criterio amplio. Pensaba que los intelectuales no debían instalarse en las modas o en el conformismo, sino debían ser observadores críticos de la sociedad. Para ello, el requisito indispensable era ser rigurosamente libre, ser esencialmente independiente frente al poder político. Y él lo fue. No vaciló en polemizar, o mejor dicho, en confrontar ideas con las armas del historiador y del intelectual. Su argumentación fue muchas veces vehemente, incisiva, pero siempre provista de pertinencia.

Prefirió la duda a los dogmas o la ortodoxia, lo que le valió más de alguna incompreensión o crítica disparada por beatos de toda laya a quienes a menudo exasperó; con su heterodoxia incisiva, incomodó la arrogancia de otros.

En el plano intelectual impugnaba categóricamente la desenvoltura expedita, el simplismo y la deshonestidad, lo que no siempre le acarreó simpatías. Qué importaba. Contaba ante todo la coherencia entre pensamiento y acción; en este plano no admitía inconsecuencia. Pero primero fue riguroso con él mis-

mo. No es extraño entonces que haya dejado su suelo natal (1947) cuando la vida cultural resultaba asfixiante para quien no gustaba de etiquetas políticas; que no haya proseguido su enseñanza en la Escuela Normal de París, cuna de intelectuales (1968), cuando los estudiantes denunciaban por un lado el elitismo de la selección y por otro se preparaban para ella; que en 1992 viajara a Santiago de Chile para participar en un encuentro de historia y regresara al cabo de dos días sin haber dado su conferencia: el rezago autoritario que aún gravitaba en el ambiente y la calle 11 de septiembre que rememoraba el golpe de estado de 1973 no le fueron soportables. La casualidad no explica, por lo tanto, la censura dictatorial que amordazara, en Chile y Argentina, su libro *Los conquistadores*.

Cuando las circunstancias lo requirieron, supo dar pruebas de solidaridad y de amistad. Lo saben, por ejemplo, algunos chilenos y argentinos perseguidos por dictaduras militares, como también lo saben algunos polacos; igualmente aquéllos que lo conocieron (antes de 1968) como responsable de la Casa de Italia en la *Cité Universitaire* (París).

El 30 de diciembre del 2001 habló, por algunos minutos, de conflictos del mundo actual desde una perspectiva histórica. «Estoy dando un curso sin querer», comentó. Fue el último. En el cuarto 332 de un establecimiento hospitalario contó con cuatro «auditores» que lo acompañaban.

Fue consecuente y digno hasta el final. Así vimos a Ruggiero Romano, el hombre, cuyas conversaciones se interrumpieron en una madrugada del invierno parisino.